



Castellanos d.

Perruños 3.

REBECA EN LA FUENTE. (Cuadro de Veract.)

Pues la doncella, á quien yo dije: Baja tu cántaro para que beba; y ella respondió: bebe, y aun á tus camello's daré también de beber; esto es la que las destinó para tu sierva Isac; y por esto conoceré, que has hecho misericordia con mi ama.

Aun no habia acabado de decir esto dentro de sí, cuando le aquí Rebeca, hija de Bethuel, hija de Stofca, mujer de Xetor hermano de Abraham, que ella trayendo el cántaro sobre el hombro:

Moza de muy buen parecer, y virgen muy hermosa, á quien Xetor no habia conocido; y habia descendido á la fuente, y llenado el cántaro, y se volvía.

Y el criado corrió hácia ella, y dijo: Dame á beber un paquito de agua de tu cántaro.

Ella respondió: Bebe, señor mio, y prontamente bajó el cántaro sobre su brazo, y dióle á beber.

GÉNESIS CAP. XXIV.

HORACIO VERNET.

Si un gran nombre es casi siempre una enorme carga, una gran reputacion que sostener, igualar y hasta sobrepajar, es de seguro una tarea mucho mas peligrosa, pero tambien mucho mas gloriosa. El arte nos ofrece en este momento un hecho verdaderamente notable que hasta ahora no habia existido nunca, ni en las artes, ni en las letras, ni en ninguna otra época: la perpetuacion de un gran nombre y un gran talento por espacio de siglo y medio, en una familia de padre á hijo, como por derecho hereditario, no menguando y decreciendo como la herencia poética de Juan Racine trasmitada tristemente á su hijo Luis, sino por el contrario desarrollándose á cada generacion con mas esplendor y brillo. Queremos hablar de la familia de Vernet.

En esta familia privilegiada, que es una de las mas hermosas glorias de Avignon, se han sucedido cuatro generaciones de pintores, y el pincel del artista ha pasado como por sustitucion de mano en mano; así se presentan consecutivamente Antonio, José, Carlos y Horacio Vernet: José mas ilustre que Antonio, Carlos mas ilustre que José, y en fin, Horacio que ha coronado el nombre de su familia lanzándose á la difícil y grandiosa pintura de la historia y reuniendo en su persona los diversos méritos de sus mayores. Horacio Vernet no tiene hijo, á no ser por eso este fenómeno

se hubiera reproducido sin duda; pero dando su hija única, su más deliciosa creación, á uno de los más grandes pintores de nuestra época, al autor de *Cromwell*, del *Cieco de marzo*, de los *hijos de Eduardo*, de *Juana Grey*, á Pablo Delaroche, Horacio Vernet ha querido continuar y anudar las gloriosas tradiciones de su familia por el contrato de matrimonio de su hijo; acepta Delaroche la herencia del pincel y se encarga de transmitirle no menos glorioso á sus descendientes. Su hijo deberá llamarse Vernet Delaroche, brillante gallo nacido de dos ilustres ramas.



Horacio Vernet.

Horacio Vernet, hijo de Carlos, nieto de José, y biznieto de Antonio; digno vástago de esta familia de grandes pintores, Horacio Vernet, que cuenta tan famosos abuelos, ha estado á punto de no tener padres. Esto parecerá sin duda á primera vista un sofisma, mas escuchemos una historietita amorosa. Hallándose enamorado Carlos Vernet en Paris de una señorita de Montbar, hija de un comisario de guerra, se creyó con fuerza para dominar su pasión, y partió con dirección á Italia. Mas como por fatalidad la ausencia en vez de destruir su amor lo aumentase, contra lo que sucede con esas vehementes pasiones de 20 años, que no resisten á un corto paseo por Suiza ó á un eterno destierro de tres meses en los baños mas cercanos; Carlos Vernet se vió acusado en todas partes por sus amores. Su pasión viajaba con él, con su equipaje de artista, y ambos cruzaron la Italia, con los arrieros ó conductores de mulas. Cuando llegó á Roma, en vez de buscar consuelos en el estudio, los pidió á la religion; frecuentaba las iglesias mas á menudo que los talleres, oraba cuando hubiera debido trabajar con aliento y pensar en la gloria de su padre, de que era único heredero. Bajo este fatal influjo que habia tomado su imaginación y paralizado sus facultades, Carlos, por su desdicha, se encontró con esos fanáticos siempre emboscados tras de las irresoluciones de la juventud, como los bandidos de Fradivolo en el ángulo de las rocas, y trataron piadosamente de hacerle tomar aversión al mundo y al arte, inclinándole á entrar en un convento. Venturosamente su confesor, hombre de prudencia y de luces, tuvo la feliz ocurrencia de aconsejarle que tomase de nuevo sus pinceles, y que prefiriera ser un pintor célebre á un monje oscuro, á no ser por estos excelentes consejos y por la autoridad paternal que le llamó de pronto á Francia. Carlos Vernet rompió el estabon de su familia y se amarraba al celibato religioso. Entonces no tendríamos ni el triunfo de Pablo Emilio, ni la batalla de Marengo, ni la muerte de Hipólito, ni la mañana de Austerlitz, ni esos millares de asombrosos caballos, á quienes el pincel y la imaginación del artista han dado vida y abierto los campos de la carrera, ni todas esas cruzas, ni todas esas cargas de caballería, ni en fin su verdadera obra maestra, el cuarto pintor de la familia, Horacio Vernet.

Pero el arte no debía de llorar tantas pérdidas y tantos tesoros escondidos: vuelto á Francia é impelido rápidamente á la gloria, Carlos Vernet se casó en 1787 con la señorita Moreau, y dos años después, en junio de 1789, nació en Paris Horacio Vernet, el ilustre y fecundo artista, uno de los primeros pintores de la actual escuela, el brillante historiador de las batallas y de las escenas guerreras del imperio, el pintor favorito de los soldados modernos, el pintor militar por excelencia; en fin, el autor de las batallas de Fontenoy, Boyines, Jemmapes, Montmirail, de la despedida de Fontainebleau, de Rebecca, de la Judit, de Macepa y de otros mil cuadros de historia, que el grabado ha hecho populares, y que semejantes á las hojas de encina son llevados por el viento de en renombre á través de toda Europa. Al mérito de sus padres, al sentimiento poético, á la inspiración, á la maravillosa fecundidad de José, el pintor de marina, el que se hizo atar á un mástil para estudiar y sorprender la tempestad, al donaire, al ingenio, al número de Carlos, al pintor de caballos y de cargas de caballería; á todas estas cualidades que Horacio Vernet la elevación del pensamiento, la armonía de la composición, el movimiento, el drama, el vigor y la solidez del colorido; es el Guido Reni de la pintura francesa. Horacio Vernet es tan gran poeta como gran pintor; su paleta es á veces rica hasta el punto de desvanecerse, y siempre variada hasta lo infinito. Ha dado cien batallas importantes con su pincel, ya á los ingleses, ya á los rusos, ya á los austríacos, ya á los ejércitos de la coalición, ya á los badanos, ya á los árabes del desierto, y ninguna de estas batallas se parece á otra; cada una tiene su perspectiva, su verdad y su carácter histórico, es sin duda un hábil general, quien sabe disponer de sus tropas, colocar su ejército, hacer sus evoluciones y manejar con arte todos sus recursos.

Desapareció los griegos y romanos de la escuela de David cuando se anunció Horacio Vernet con sus soldados franceses, sus grupos militares, llenos de vida y de colorido, sus líneas huneantes de las batallas modernas; en fin, todo su estado mayor y su séquito de gloria, de movimiento, de luz y de ruido. Su reputación creció de pronto, y cuando su padre Carlos Vernet murió, ya era célebre Horacio: el nombre glorioso que habia heredado adquiría cada vez mas gloria.

Horacio Vernet se ha creado un renombre popular en toda Europa, no menos por su indisputable talento que por su prodigiosa fecundidad. Fuera locura intentar hacer mención de todos sus cuadros, eso equivaldría á contar las arenas de los mares, las estrellas del firmamento. No son tantas las comedias de Lope de Vega ni los vaudevilles de Scribe. Es preciso ver sus cazas en los bosques, en las llanuras, en los pantanos, en el desierto. Su Macepa asaltado por lobos que ahullan, y cuyos ojos centellean, y su Macepa, rodeado de yeguas salvajes bajo un cielo sombrío, cerca de un espumoso torrente, sobre el cual próloga sus negros y verdes brazos la secular encina. Su Poniatowski cuyo caballo se lanza al Elster con orgullo. A su abuelo sojeto al mástil de un buque y balanceado por el impetu de las olas. Su Pacha tranquilo como el león que le sostiene mientras los mamelucos espiran bajo el hacha de sus verdagos, y mientras sus súbditos, sintiendo el porvenir, permanecen mudos y palpitantes detrás de su alteza. Su Edith con cuello de cisne y cabellos castaños, y su estudio donde le contemplan artistas y señores, y su librico Holofernes adormecido en el deleite mientras centellean el sable y los ojos de Judit; su Rafael delante del papa y su cohorte de artistas, sus hijos de París, sus conscriptos, sus pelotones de la antigua guardia con los rostros surcados de heridas, sus escuadrones de caballería que levantan leguas de polvo, sus prisioneros que dirigen la última mirada hácia su patria, sus veteranos que lloran en medio de los osamentas de sus hermanos, sus estados mayores de relucientes charreteras, de cruces, de cintas, de corazas y de sudorosos caballos. Su despedida de Fontainebleau, el águila que se inclina y al emperador que desaparece, sus batallas de Jemmapes, de Hanau, de Montmirail,

de Poines, es decir, la república, el imperio y la restauración.

Todo lo ha hecho, ha sido poeta, pintor, novelista, historiador, todo lo ha hecho, repitió caballos para poblar las dehesas de un príncipe; soldados para completar los ejércitos de Napoleón; niños y mujeres para reparar los desastres de una epidemia. Ayer discípulo, hoy maestro, nunca estacionario, siempre original y adivinado. Sus lienzos se ven desarrollados en todas partes. Hay en París un cuadro suyo, otro en Amberes, otro en Roma, otro en Constantinia; Horacio Vernet es el pintor mas ilustre, el mas fecundo y el mas popular de nuestros días.

TERA.

(Continuación.)

Tera está colocada en lo alto de la sierra de su nombre y situada en un rellano rodeado de cuatro cerros, sobre uno de los cuales, al S. E. se halla el castillo: este consta de un alto torreón, que tiene delante una plaza de armas cercada de su muralla con torres; y el todo dentro y al E. de una gran plaza de mas de mil varas por todos lados rodeada de murallas, torres, obras avanzadas en los puntos mas accesibles, y un tajo escarpado al S. E. de varias construcciones, romanas, moriscas, etc.: tal era el lugar en que habitaban los moros de Tera desde su establecimiento en España, y donde se creían á cubierto de los ataques de los cristianos.

Mas por los años de 1326 habiendo logrado el Rey de Castilla y Leon D. Alonso el Onceno apaciguar los tumultos fomentados por los mal contentos de Toledo y las Castillas, y hallándose en paz, se propuso para distraer sus ánimos turbulentos, emprender la conquista de las Andalucías. Para ello convocó á los maestros de las órdenes militares, y á los principales señores é hijos-dalgos de sus reinos, como los Portocarreros, Leibas, Monsalves, Marmolejos etc. todos los cuales acudieron con sus gentes y formaron un ejército de hasta cinco mil infantes y dos mil lanzas, con el que se dirigió contra Tera, no obstante estar amurallada y guarnecida por mas de seis mil moros, capitaneados por Hacen Andalí que era descendiente de Ronda. El rey supo que los moros, aunque tenían abundantes bastimentos, carecían de agua, y que tenían que ir por ella á la fuente grande del lugar arruinado, que está camino de Cañete, hoy llamado del Pilarejo, y á otra de las viñas llamada del Marmolejo que los moros de Ronda, acudían á socorrer á los de Tera, cuando estos les pedían auxilio, y les hacían señales para ellos, poniendo un hachón encendido en la torre mas alta del castillo, lo que era repetido por otra torre que está á un cuarto de legua hácia Ronda. Con estas noticias el Rey D. Alonso tuvo consejo de guerra al que asistieron los maestros y caballeros que venían en su compañía, y en él se acordó formar del ejército tres divisiones: que una fuese á sorprender la fuente de las viñas, otra la fuente grande, y la tercera marchase á sitiar la plaza. Así lo hicieron, saliendo todos de la dehesa, donde tenían sus reales ó campamento, y que hoy es el sitio en donde está la villa de Campillos. La division que fué á las viñas hizo 192 prisioneros entre hombres y mujeres: la que fué á formar el sitio, acampó en la llanura frente de Tera, lo que visto por los moros principiaron estas á fortificarse y prepararse á la defensa: la que fué á la fuente grande, después de guarnecerla, destacó una compañía á la torre de la alaya, que fué sorprendida, demolida y muerto el moro que vivía en ella y toda su familia, para que no pudiese hacer señas á las otras torres, ni estas avisar á los moros de Ronda, para que viniésen á socorrer á los de Tera. Esta medida fué muy útil, porque los moros de Tera, luego que descubrieron al ejército cristiano, principiaron á poner los hachones encendidos en la torre mas alta del castillo, para pedir socorro: mas como

no se repetía la señal en la otra torre, la noticia no llegaba á Ronda. Viendo los de Tera que el agua de los aljibes y pozos se les iba acabando, salieron una noche, y en la fuente del Marmolejo llenaron 20 cántaros; pero sentidos por los centinelas, fueron atacados, escaparon pocos, y los demas quedaron prisioneros.

A fines del año 1327 el Rey D. Alonso mandó un parlamento á los moros cercados de Tera, proponiéndoles, que si abandonaban el lugar y lo dejaban libre, les entregaria 192 moros y 64 mujeres que tenían cautivos, y les permitiría se llevasen consigo sus caudales y cuanto tenían prometiéndoles no hacerles daño alguno, antes sí custodiarlos hasta Ronda ó Antequera, pues estaba resuelto á tomar de cualquier modo el lugar. Hacen Andalí le respondió, que si entregaba á Tera los moros de Ronda lo matarian por cobarde, y que todos los suyos estaban resueltos á defenderse hasta morir debajo de las ruinas de la fortaleza ó de hambre, ó matados por Mahoma.

El Rey estaba persuadido, de que se entregarían por hambre y sed: mas siendo esto por enero sobrevinieron abundantes lluvias, y se llenaron de agua los aljibes y pozos, con lo que los moros cobraron alientos. Sabedor el Rey de esto, se decidió á asaltar la plaza: el día 2 pues se dió el primer asalto, del que se defendieron los moros valerosamente valiéndose, entre otros medios, de arrojar desde las murallas grandes piedras, con tal fuerza, que en su caída arrollaban muchos soldados y las que se rompían herían á muchos con sus pedazos, de suerte que en este primer asalto murieron sesenta soldados y hubo muchos heridos. Lo mismo sucedió en otros dos asaltos que se diéron de noche, por lo que acordaron el Rey y su consejo, que se construyese frente al torreón grande, una torre de gruesos maderos, que resistiese á las piedras, y en lo que se resguardasen las tropas, de modo que estando á cubierto cerca de la muralla pudiesen avanzar de pronto.

Así se hizo: se trajeron de la dehesa de Campillos grandes árboles, que unidos con sogas, formaron un parapeto fuerte, trás del cual se ocultaron los soldados, y saliendo de repente dieron un nuevo asalto, en el cual llegaron á cuchilladas hasta la muralla; mas no pudiendo trepar por ella, se volvieron y favorecieron en su torre de madera.

El 6 en la noche salieron sigilosamente del castillo veinte moros y bajando encubiertos por las muchas pañas que hay desde el castillo hasta el sitio en que estaba la torre de madera, lograron pegarla fuego por tres partes: los que estaban dentro, que serían hasta unos trescientos hombres, en lugar de salir á atacar á los moros empezaron á gritar fuego, fuego y corrieron á ampararse al campamento de su ejército, que estaba á la falda del monte grande llamado la Calzorra, dejando ardiendo la torre de madera.

En vista de este accidente, el Rey, los maestros, y los demás señores que le acompañaban, tuvieron consejo de guerra y en él se resolvió, que era conveniente reunir las tropas, que estaban separadas, guardando las fuentes, las viñas y el camino de Ronda, para impedir que llegasen socorros á los sitiados, y que juntas todas las tropas se diese un asalto general por todas partes á la muralla, espada en mano y rodela al brazo en medio del día, para ver venir las piedras: así se aprobó y el día 19 se dispuso y arrojó todo el ejército alrededor de las murallas, dando á cada comandante las órdenes correspondientes y la señal de la hora y el modo.

El 20 de enero de 1328 á las cuatro de la mañana se dió principio al asalto: los moros, que se vieron acometidos por todas partes, acudieron feroces á la defensa; mas no tenían piedras con que defenderse en todos los puntos del ataque. Al mismo tiempo las tropas, que atacaban por el frente de Antequera, habían conseguido abrir una brecha, capaz de entrar por ella, y dieron aviso de ello á las demas, que acudieron al punto, y se precipitaron dentro del castillo, matando á cuantos moros se oponían al paso. Viendo estos que las tropas cristianas estaban dentro del castillo, huyeron hácia la puerta de la Calzada y

hallándola desamparada, por haber acudido toda la tropa á la brecha, que estaba al lado opuesto, se fugaron por ella, logrando escapar y retirarse á Ronda. Serían las seis de la tarde del 30 de enero de 1328, día del glorioso San Sebastián, cuando las banderas del Rey D. Alonso tremolaban sobre las murallas de Tera, y al día siguiente se les dió libertad á los moros cautivos, á sus mugeres é hijos, que no pudieron marcharse.

El Rey repartió todo el botín entre los soldados y mandó se les diese de comer y haber de lo que llevaba para sí, descendió y todos sus caballeros en Tera oyeron misa, y dieron gracias á Dios por la victoria alcanzada. Puso por Alcalde de Tera á D. Sancho Rodríguez de Mendoza, caballero de Ecija, al que mandó que reparase las murallas, y cerrase la brecha. Dejó en el castillo dos mil hombres de guarnición, y con los demás marchó y conquistó el castillo de Ortejar, distante una legua del pueblo: revolvió en seguida sobre Alora y la tomó, y dando la vuelta á Tera, se halló, que su Alcalde no había reparado las murallas, por lo cual lo separó y puso en su lugar á D. Pedro de Aguilar Montes de Oca, que lo acompañaba en su ejército.

Entre los caballeros hijos-dalgos, que iban en el ejército del Rey D. Alonso y que contribuyeron á estas conquistas, se gallaba Juan Ramírez y Guzman á su costa y misión sirviendo al Rey. Este, luego de ganada Tera, presentó al Rey una solicitud, en la que manifestaba, que antes de entrar los moros en España, había pertenecido esta villa á la casa de Daza, que era la de Guzman, y suplicaba, que se le vendiese, pagando los gastos hechos para su conquista, pues por la pragmática de las conquistas había, que había perdido el derecho á ella. El Rey, al fin de su reinado, se la concedió.

Cincuenta años despues de la conquista de Tera se celebró una escritura ante Pedro de Aguilar escribano público y del Rey en la que se hallaban las cláusulas y condiciones siguientes. Que como había 50 años de su conquista, estaba poblada, pero no tanto, que pudiese defenderse de los moros de Antequera y Ronda, que diariamente la asaltaban, por lo que pedía que los soldados que en ella, como presidio y frontera, viviesen y la defendiesen, fuesen socorridos con veinte y cinco mil maravedís al año, y lo restante, pagaría el dicho Juan de Guzman. Así se le concedió.

Que por estar dicha villa tan guarnecida de moros se le diese privilegio, para que todo deliniente, que viniese á su costa á servir, no se le hiciese daño ni prendiese, excepto los crimenes, que S. M. tuviese á bien escuflir. Tambien se le otorgó este privilegio, que llamaban de los Homicianos, tan duplo, que de él quedó el refrán. Mata y vete á Tera.

Que no pagasen alcabales, veintena, ni otra contribucion los vecinos de Tera, que saliesen á vender por el reino, pues con esta franquicia y libertad vendrían muchos á vivir en Tera. Se le concedió; mas habiéndose perdido la escritura por malicia de los alcaides, ó en un incendio grande que hubo, se suplicó por el consejo de Tera al R. y D. Enrique IV le diese nueva privilegio, y con informacion se lo dió en 1457.

(Concluirá.)

MIGUEL ESPINOSA.

UN AMOR DE ESTUDIANTE.

I.

Todos los amigos se acercaron mas á la chimenea, que quemó á una hábil operacion del decano ardia vorazmente en aquel momento; proyectando las caprichosas espirales de las llamas mil fantásticas volutas sobre los curvados rostros de aquella asamblea heterogénea.

Callaban todos, siguiendo con ansiosa mirada los movimientos del colmenero, el cual colocó su silla

en una posición céntrica, losiendo y sonándose, y desgarrando, y encendiendo uno de esos regalos, que por nuestros pecados pagamos á 21 cuartos y algunos maravedís en el Suizo, y otros muchos establecimientos filantrópicos de la corte; y despues de dirigir una mirada agri-dulce como para asegurarse de antemano de la atención de su auditorio, comenzó as con voz ambigua:

Infandum, regina, jubes, renovare dolorem!

Ya que me veo obligado por vuestro querer, nobilísimo auditorio, á remover las cenizas de lo pasado



Rosa.

penetrando así con atrevida y profana planta en el dominio de la historia, os contaré una aventura de mi vida que jamás podré olvidar. Cuidad, empero, que no os pese; que la historia que voy á narrar es de indecible tristeza. Y quién podría no digo contar pero ni aun oír tan estupendas catástrofes, sin llorar á moco tendido? Quién, aun cuando fuera un oficial de reemplazo, un alférez graduado en los campos de Bailen, ó hasta el mismo caballo de bronce de la Plaza de Oriente, podría conservar su serenidad y fortaleza, oyendo el cuento de unos desastres que superan con mucho á los que el trovador Eneas contaba á la fenicia Dido en las playas de la naciente Cartago? Hay ademas una circunstancia ó circunstancias que hacen mi narracion mas aflictiva. Eneas, Dido y los demas de aquella tierra estaban sentados muy cómodamente sino en *toros*, como mas de un traductor verdugo ha dicho, en comodísimos lechos, ó cojines como por aquellos dias se usaban, bajo las opulentas bóvedas de un palacio y despues de haber asistido á un báquico festin. Nosotros, miseros, estamos sentados en desventajadas, cuanto duras é ingratas sillas de paja, bajo el ahumado techo de un mal figon, y con el vientre repleto de repugnantes chuletas y ácido vino de Arganda. Pero ya que aun así, insistís en vuestro mandato, mal grado los vuelcos de mi estómago, y de que el humo se espeluzne y horrorice con aquellos recuerdos; *incipiam*; empezaré:

—Concluidos mis estudios preparatorios en uno de los colegios mas afamados de París, me fui á establecer en el *quartier latin*, que es como ustedes saben el punto de reunion de todos los estudiantes e internos de la capital de Francia. La mayor parte de mis discípulos, vivían en aquel barrio de las ciencias y de las

musa, conyugalmente con esa encantadora raza de grisetas, tipo exclusivo de París. Yo, muy bien hallado con mi libertad é independencia, permanecí soltero durante tres meses, en aquel lugar en que el celibato es una deshonra; pero al cabo de este tiempo, decidido por el fastidio que me causaba mi aislamiento á huir á los demás, me lance á *Chateau-Rouge, Mouille*, y otros sitios análogos en busca de una pécara que me ayudase á soportar el tormento de la soledad y á gastar los 250 francos que mensualmente me entregaba el corresponsal de mi padre. No tardé mucho en encontrarla, y ojalá que nunca la hubiese hallado! Era la niña Belga, natural de Waterloo, aldea inmortalizada por la famosa jornada que derrocó al gran Napoleón, dada como todo el mundo sabe en sus cercanías: blanca y rubia era mi Venus, y contra la costumbre de las de su clase, que se dan, se venden ó se traspasan en el *barrio latino*, tuve que conquistarla en toda regla, porque ni más ni menos tomé yo á mi flamenco, que el buen Godofredo de Bouillon á Jerusalem; y solo despues de tomar posesión de la plaza mediante tamaños sacrificios, pude reposar un poco, y dejar á un lado las armas.

*E qui t' arme suspende: è qui devoto
Il gran sepoloro allora è scioglie il voto*

—Bravo! gritó el mayor de los viajeros. Buena ella y á tiempo!

—Oh! sí! observó el polaco: arrastrada por los caballos, y tan violentamente como Hector por Aquiles alrededor de Troya.

—Eres un ignorante, mi querido oso del norte: Hector fué arrastrado por los pies y no por los caballos.

Perque pedes trojachus lora timentis.

Pero en fin esto importa poco, y si el *sírmata* me lo permite continuará mi historia.

—Sí... sí, gritaron todos, que deseaban por lo visto oír la historia de aquellos amores del *quartier latin*. Establecime, pues con mi flamenco...

—Cómo se llamaba? preguntó el polaco.

—Rosa. Establecime, como decía, en un cuartito muy curioso del piso segundo de una de las mejores casas de aquel barrio. Yo tenía, según creo haberlo dicho ya, 250 francos, ó á la española, 50 duros económicos de á 49 rs. todos los meses. Bien imaginaba yo que no podía tirarse muy allá con tan poco dinero, y así le había explicado á mi Rosita que tratara de ser económica. Debo advertir á los que no lo sepan que la griseta, pura raza, es la muger mas económica que existe sobre la tierra; pero mi amada compañera era una griseta contrahecha, una intrusa en aquella adorable raza de encantadoras morenillas que son muy á menudo la providencia de los estudiantes del barrio latino. Modelo de fidelidad como la Penélope de Homero, paciente, cariñosa, resignada, la griseta es un sér aparte de la comunión femenina, y si yo llevo alguna vez á casarme cuando sea Ministro, Capitan General, ó Patriarca, lo haré con una griseta; pero sigamos mi historia. Era mi compañera una griseta enjerta, y por lo tanto no tenía sino las cualidades aparentes de sus compañeras. Belga de nacimiento, como ya he dicho, había dejado el hogar paterno y dirijidose á París en busca de aventuras, siguiendo aquella sentencia de Jesucristo, de que nadie es profeta en su tierra...

—Eso ya es demasiado, interrumpió el polaco. Vamos á que no citas ahora el testo como tienes de costumbre.

—Nada mas fácil mi querido oso del norte. Si tienes alguna Biblia, busca el capítulo 10 del evangelio de San Juan, y encontrarás estas palabras:

Quia propheta in sua patria honorem non habet.

—Batido el polaco! gritaron todos.

—Qué calle, añadió el calavera, y me deje contar á mi modo, ó de lo contrario no prosigo.

—Callaré, mi querido orangutan, contestó el polaco, haciendo una joco-séria cartesia.

Habia venido mi flamenco en busca de aventuras, y por mi mala ventura dió conmigo. Era gastadora, compedora, caprichosa; y para colmo de males estaba sujeta á terribles ataques de nervios: es decir que tenía todas las faltas de una gran señora, sin las gracias y atractivos que dá á estas la educación; pero singularmente hermosa tenía ademas para mí ese no sé qué que nos entiba en la muger que amamos.

II.

Pasaron entretanto los primeros cuatro meses de nuestra sociedad, y al comenzar el quinto debía yo mas de lo que importaba mi mensualidad, gracias á la esplendidez que había desplegado mi Rosita en tres ó cuatro *sobres* de familia, como ella los llamaba, que me habían costado á mí un ojo de la cara. Al fin á costa de mas de un doloroso sacrificio pude por entonces salir del pantano; pero, de qué me servía el haber escapado una vez del riesgo cuando este era continuo y creciente? Cada día se aficionaba mas Rosita á los bailes de *Mabille* y *Chateau-Rouge*; al teatro de *Varietades* y del *Palais-Royal*; al *hipódromo*, á los *dioramas*, *panoramas*, *cosmorama*s, *poliorama*s; y en fin, á todas las exhibiciones de figuras de cera, autómatas, gigantes, enanos, monos del Canadá, panteras de Sara, salvajes de Taltí etc. etc. etc.

Pero la mas ruinosa de sus inclinaciones, y aquella en cuyo cumplimiento se mostraba mas tonta era la glotonería. Toda la semana había en casa ademas de lo ordinario, varias golosinas cuyo precio hacia subir lastimosamente mis gastos; y no contenta con esto, el domingo era preciso llevarla á comer á casa de *Very*, ó cuando menos al *Rocher-de-Caulaine*. Allí era de ver el aire con que empezaba á pedir de los platos mas costosos y de los mas esquisitos vinos, porque ademas de comer prodigiosamente se las podía apostar á beber con un burgo maestre-aleman; y en vano le hacia yo por lo bajo algunas observaciones, pues si le hablaba del mal estado de nuestros fondos, me contestaba con la boca llena de trufas.



El estudiante.

—Amigo mío, es preciso que disutemos del momento presente. Es tan precaria la vida! Quién nos asegura que viviremos mañana?

Si la hacia alguna reflexion acerca de su descom-pasado modo de beber, me contestaba muy séria:

En Bélgica es costumbre beber así: la reina se be-be seis botellas de Burdeos, Champagne y Madera, en su comida. En toda la semana no bebemos mas que Macon viejo ó Borgoña; y no quieres que de domingo á domingo beba una un poco?

Y yo me desesperaba y regañaba, y protestaba que aquello iba á acabar de una vez: pero era tan bonita Rosa, tenia tal gracia en el decir cuando estaba contenta, y sobre todo habia tantos habitantes del bar-rio latino, que se bebían los vientos por ella, que al fin, acababa yo por reconocermelo culpado, y por con-fesar que era muy natural que se bebiese Champag-na y Burdeos los domingos, cuando en toda la seina-na se habia estado bebiendo Macon y Borgoña.

El domingo siguiente era testigo de los mismos de-sórdenes, de las mismas disputas, y de la misma de-bilidad.

Un accidente que suele ser muy feliz casi siem-pre, pero que á veces es el colmo de la desdicha: vino por entonces á llenar la medida de mis penali-dades.

—Ya lo estaba yo temiendo, dijo el polaco.

—Echemos un trago, observó el narrador, sin cui-darse de las palabras del otro. Los tragos se pasan con tragos! exclamó con tono inspirado, y vació una copa de Jerez de un solo sorbo.

III.

Una mañana, de enero por cierto, y no hacia mal-dito el calor, se me acercó mi Rosa, haciendo los ma-yores esfuerzos por ponerse colorada, y tartamudean-do me dijo: que creéis que me dijo?—Sin respeto á mis huérfanos bolsillos, sin piedad por mis nervios, sin compasion en fin por la doliente humanidad re-presentada y resumida en mi persona, me anunció que el *Quartier-Latin*, estaba amagado de un nuevo habi-tante, un estudiantito en miniatura, un vástago ín-fausto de mi linaje enjerto en una rama flamenco. Agolpáronseme de pronto los inconvenientes, los per-juicios, los disgustos, los mayores gastos, los nervios de Rosa, su mal humor entonces justificado, los acha-ques consiguientes á aquel estado de la muger, los an-tojos de la ya por sí demasiado antojadiza grisea-ta, etc., etc. Y no pudiendo resistir al embate de tantos arrietes que simultáneamente contrastaban mi constancia, exclamé con mi amigo Enéas en la noche fatal del incendio de Troya:

Una salus vitis, nullam sperare salutem.

Y como los griegos que tenia yo que combatir eran mis acreedores, y lo lógico era que ellos me persi-guesen á mí, empecé á cavilar no en matarme: que esta cuestion estaba ya resuelta en mi cabeza, sino en qué género de muerte preferirla, y aunque pa-rezca risible mi incertidumbre, ello es que existia, y aun mas, que se fundaba en poderosas razones.

La muerte de pistola me convenia bastante; pero ni yo tenia pistolas, ni sabia que ninguno de mis amigos las tuviese: renuncié por consiguiente á la pistola.

El puñal era arma bastante segura; pero prescin-diendo del mayor aliento que requiere, estaba yo cierto de herirme mortalmente del primer golpe? Si no conseguia matarme, no quedaba espuesto al casti-go de las leyes, y lo que es mas doloroso, á la rech-illa de mis camaradas que reputarian mi atentado co-mo una farsa ridicula?

La horca ha sido en todo tiempo un suplicio infan-tante: debía yo mismo condenarme á un género de muerte que solo se imponia en otro tiempo á los mas viles malhechores ó á los ladrones de caminos y en-crueljadas?—Renuncié á la horca.

El envenenamiento tenia mil riesgos. No podían acudir á tiempo con contravenenos eficaces? No era muy posible que despues de una larga y dolorosa agonía, volviese á la vida, para arrastrar una existen-cia enfermiza y miserable, tal vez estúpida?

Quedábanme aun tres expedientes; pero hube de

renunciar á ellos, por trescientas mil poderosas ra-zones. Podia sin duda alguna recurrir á la asfisia por medio de unos cuantos reales de carbon, pero además del largo tiempo y precauciones que requiere esta operacion, no estaba reservado este modo de salir del mundo á la mas ínfima clase de la sociedad: á los jo-veneros, á las costureras y á los mozoletos de mala vi-da? Y habia yo, hijo-dalgo y licenciado en letras, de seguir tan innoblia y oscuro camino?—No, mil ve-ces no!

Podia echarme al Sena; pero yo era excelente na-dador, y el instinto de la vida es siempre mas podero-so que la voluntad en el hombre: y auxiliado este instinto por un frio de siete grados bajo cero, habia de triunfar forzosamente. Tenia pues la casi certeza de obtener por único resultado de mi tentativa un fuerte catarro, ó á lo mas una pulmonía que como la mayor parte de las que atacan á los desesperados no seria mortal.

El último recurso de que podia echar mano, era dejarme caer desde un tercer piso; pero era seguro matarse del golpe? No podia romperme una pierna ó las dos, y vivir sin embargo? Y no era muy estúpido el que añadiese yo mismo á la suma ya demasiado grande de mis males la de andar arrastrándome sobre dos mugrientas ouletas de madera?

El resultado de todas estas reflexiones era obvio. Renuncié á la muerte por entonces y me resolví á vivir; pero era necesario pensar y pronto como habia de ser: que nada hay mas apromiante y menos par-lamentario que la necesidad. Afortunadamente me abrió el cielo un camino cuando yo menos lo es-peraba.

Por aquel entonces, llegó uno de mis tíos á Paris. El buen señor habia marchado á las Indias con una escasa pacobilla hacia cerca de diez años; pero se ha-bia dado tal maña en aquellos afortunados paises que no solo logró escapar del vómito y de la fiebre ama-rilla, sino que pudo redondear una fortunita de dos milloncitos, y venia á gastar una parte de ellos en la capital de Francia con el doble objeto de curarse de ciertos envejecidos achaques, y de *elegantizar*, esta era la palabra de que se servia, en lo posible su traje y modales.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Concluirá.)

EL CABALLO DE SIETE COLORES.

(Continua.)

III.

No es necesario declarar que *El niño* y el aventurero de las fiestas eran una misma persona; y por lo tanto la hermosa princesa Margarita no tuvo que llorar su suerte, cuando encerrados en el rústico pa-bellon de madera, se transformó el jardinero en príncipe hermoso, discreto y galan. En cuanto al modo que habia tenido de presentarse en el palenque, to-dos sabemos que poseia el inestimable talisman de *EL CABALLO DE SIETE COLORES* que habia venido en su auxilio para cumplirle su palabra.

Enamorada la princesa de su jóven y gallardo es-poso, sufría, sin quejarse, las privaciones; pero se lastimaba su orgullo al ver á los cortesanos, que dias antes la trataban con sumo respeto, esquivos y mu-chas veces insolentes. Estos ultrajes la mortificaban, y mas de una vez rogó á su esposo, que abandonando sus toscos y humildes vestidos, se presenta-ra de improvisa con la magnificencia que habia ostentado en los torneos. Alfredo consolaba á su esposa con dulces palabras y caricias; pero se negaba á de-jar su disfraz, asegurándole que no habia llegado el momento.

Transcurrieron así tres meses, de sarros y ovacion-es continuas para Rosa, Sara y sus esposos, y de

mortificación y privación para Margarita y Alfredo; cuando de improviso se interrumpieron las brillantes fiestas, y el luto las resumpió instantáneamente en los corazones y en los rostros. Una mortífera epidemia se desarrolló en la ciudad con portentosa rapidez: los ayes de los moribundos se confundían á los gemidos de los huérfanos y las viudas; y unos y otros armonizaban con el estridor de los carros fúnebres, que recorrían, llenos de cadáveres, las desiertas calles de la ciudad. Aterrorizadas las gentes, forjaban extrañas conjeturas; y algún fanático ó mal intencionado dijo, que las grandes fiestas de la corte habían ofendido á la diinidad, y que la epidemia era el merecido castigo. Esta peregrina opinión se generalizó muy en breve: comenzaron las murmuraciones contra el monarca, los príncipes y los cortesanos; se formaron numerosos grupos de hombres pálidos y sinúestros, y la corte tenía ser víctima de la indignación popular. Para calmarla, se hicieron regalativas; pero declaró un sacerdote, acreditado por sus vaticinios, que no cesaría la epidemia mientras no se encendiera en la gran plaza de palacio una hoguera, alimentada durante tres días con leña de cipréses de *La selva de los Gigantes*, único punto en que tal ciprés prevalecía. El vaticinio del sacerdote, lejos de causar alegría, produjo profunda tristeza; pues las muchas dificultades que ofrecía su cumplimiento alejaban el término del mal y aun hacían imposible el remedio; porque *la selva de los gigantes* distaba cuatrocientas leguas, estaba oculta en lo más profundo de un valle y habitada por una raza de hombres, tan corpulentos como feroces, que devoraban á cuanto viajero extraño tenía la desgracia de pisar aquel territorio maldito. Crecieron las murmuraciones de los aterrados habitantes; y viendo el rey que estaba muy expuesto á perder su corona, llamó á sus dos yernos, no pensando siquiera en el *tiñoso*, y les dijo que ojalá debían ir á *la selva de los Gigantes*. Se escusaron repetidas veces, manifestando, al rey su suegro, los graves peligros de la empresa; pero insistió el anciano monarca y, provistos de ricos presentes para los indómitos guardianes de la selva, salieron de la corte; con poca esperanza de cumplir la misión, y casi resueltos á no aproximarse al paraje. Margarita contó á *El tiñoso* cuanto acababa de suceder, y este salió inmediatamente al campo, en donde se le presentó *EL CABALLO DE SIETE COLORES*.

—¿Qué quieres? le preguntó el caballo.

Quiero que me lleves á *la selva de los Gigantes*; para cortar leña de sus cipréses; le respondió Alfredo.

Por ensalmo aparecieron doce jóvenes, vestidos de labradores, cabalgando sobre caballos de labranza, y *EL CABALLO DE SIETE COLORES* dijo á Alfredo:

—Cabalga sobre mí. Cuando llegemos á la selva, retarás al rey de los gigantes á singular batalla; el gigante aceptará el reto, y, gracias á tu espada prodigiosa, lo vencerás sin gran trabajo. Vencido que sea, puedes concederle la vida á condición de que permita á tus criados cargar sus caballos de leña, y verás cumplido tu deseo.

Cabalgó Alfredo inmediatamente; el caballo de siete colores y todos los demás caballos partieron á escape, con portentosa rapidez; poco á poco se fueron elevando, como si les nacieran alas; tomaron después las del viento, y, mas velozes que los rayos, no había transcurrido una hora cuando pararon á la entrada de *la selva de los Gigantes*. Mucha confianza tenía Alfredo en la protección de su caballo, pero cuando se encontró frente á frente á los dos primeros gigantes una palidez mortal cubrió su rostro, en sudor se bañaron sus miembros y tembló como un azogado. Y no era extraño que temblara. Los gigantes se le acercaron y, aunque él permanecía á caballo, eran tan altos que le sobrepujaban la cabeza, y tan fornidos que no hubiera podido abarcar la cintura de ninguno de ellos con ambos brazos; por lo demás otra circunstancia los hacía mucho mas imponentes, y era que cada uno de ellos tenía un ojo no mas en medio de la frente, encendido como un granate y de extraordinaria magnitud. Venían armados de sendas mazas

y, dirigiéndose al *tiñoso*, que de principio venia vestido, le preguntaron á quien buscaba.

—A vuestro rey: respondió Alfredo.

—¿Para qué? preguntó un gigante.

—Para tratar con él batalla.

A estas palabras los gigantes miraron al joven con asombro, y sin responderle ni una palabra se retiraron en la sombría selva de cipreses. Momentos después oyó Alfredo el roncó sonido de una trompa, que repitieron los confusos ecos de los valles, y de improviso el joven y sus compañeros se vieron rodeados de una gran tropa de gigantes, al frente de los cuales marchaba uno, la cabeza mas alta que todos los demás, y armado de una maza, un palmo mas larga que las otras. Este era el rey de los gigantes. Apenas apareció el rey, *EL CABALLO DE SIETE COLORES* se arrodilló; comprendió Alfredo que debía descalzarse, lo hizo y se dirigió espada en mano, al encuentro de su adversario. Se pararon todos los gigantes, sorprendidos de tanta audacia; el rey dió algunos pasos hacia el joven y después lo esperó á pié firme, taciendo la maza enarbolada. Alfredo prosiguió su marcha, y cuando estaba junto al rey le tiró una recia estocada. El gigante soslayó el cuerpo, y dejó caer su pesada maza sobre la cabeza del joven. Afortunadamente Alfredo, paró el rudo golpe con su espada, y la dura maza de hierro se dividió como si hubiera sido de cera. Entonces el rey de los gigantes reconoció el poder sobrenatural, que á su adversario protegía, y, doblando una rodilla en tierra, se dió por vencido. Aprovechó el joven el momento, y se contentó con pedirle leña de cipréses, para cargar los doce caballos; condescendió el rey al instante, y varios gigantes empezaron á desgajar ramas, hasta que reunieron las bastantes. Pusiéronlas sobre sus caballos los doce mozos de labranza: cabalgaron sobre las ramas, se despidió Alfredo del rey, montó en su caballo, y se alejaron con la misma rapidez que antes.

A ocho ó diez leguas de la corte, descalzalgó el joven, se puso su gorro de *tiñoso*, desapareció *EL CABALLO DE SIETE COLORES*, y Alfredo, á pié, prosiguió caminando á buen paso al frente de su cabalgada. Apenas habría andado una legua, cuando se encontró á sus dos con cuñados, que se encaminaban á *la selva de los Gigantes*. Trabajó conversación con ellos, y les dijo que podían renunciar á su viaje, porque ya él traía lo que no hubieran conseguido nunca. El extraño color del ciprés no podía dejar la menor duda de que *El tiñoso* decía verdad, y el duque y el príncipe empezaron á hacerle brillantes ofertas, porque les entregara las ramas. Las oyó el *tiñoso* indiferente; y les dijo que no tenía inconveniente en entregárselas, siempre que le dieran en cambio las dos rosas de oro que recibieron de sus novias. Les pareció dura la exigencia, pero no encontrando otro remedio aceptaron al fin la propuesta, y entraron triunfantes en la corte, entre las vivas exclamaciones de la entusiasmada muchedumbre. La hoguera se encendió al momento, y, cumpliéndose el vaticinio, cesó al punto la mortandad.

Al into siguieron las fiestas, pero muy en breve otra plaga puso término á la alegría y comenzaron los lamentos. Los labradores de la comarca, abrumados con la epidemia, habían abandonado sus labores, y el hambre comenzaba á sentirse, avivándola mas el temor de una malísima cosecha. Consultaron al sacerdote, y este aseguró que los campos recobrarían su lozanía, si se regaba el mas próximo de la ciudad, con el agua azul de la fuente de *Los dos mármoles*. Esta fuente distaba dos jornadas de la corte, pero era imposible cojer sus aguas; porque brotaba y se sumergía entre los dos mármoles que la daban nombre, los cuales chocaban incessantemente con gran violencia; destruyendo cuantos objetos en su rudo choque encontraban. Animado el rey por el éxito que tuvo la primera empresa de sus yernos, les confió la segunda, y marcharon á realizarla. *El tiñoso* partió al día siguiente; llamó á *EL CABALLO DE SIETE COLORES*, se le presentó este y le dijo; que luego que llegara á la fuente, tocara con su báculo los mármoles; los cuales quedarían parados; que cogiera el agua ne-

cesaria, y volviendo á tocarlos despues recobrarían su movimiento. Cuando llegó *El tiñoso* á la fuente, estaban el príncipe y el duque sentados á corta distancia, y junto á los mármoles se veían un gran número de vasijas rotas; mudos testigos de los inútiles esfuerzos que acababan de hacer los esposos de Rosa y Sara. El de Margarita se acercó; tozó con su báculo los mármoles que se pararon al momento; llenó de agua una gran redoma de cristal; y tocando de nuevo á los mármoles, recobraron su movimiento. Los dos príncipes, que habían presenciado cuanto había ejecutado *El tiñoso*, se propusieron comprarle el agua, como le habían comprado la lana, y le dijeron que pidiera cuanto creyera conveniente. *El tiñoso* repuso que les daría el agua, siempre que se dejara cortar cada uno la parte superior de una oreja; amenazándoles que de lo contrario, descubriría la superchería del ciprés. El contrato se celebró; como el sacerdote lo había vaticinado, los sembrados recobraron su lozanía; el pueblo saludaba á sus salvadores con aplausos; el rey los agasajaba singularmente, y aborrecía cada día mas al pobre *tiñoso*.

Destinado parecía el reino á frecuentes alternativas; pues al hambre siguió la guerra, y un ejército numeroso entró, talando la comarca. Inmediatamente el monarca dió á sus dos yernos el mando de las tropas que marchaban contra el enemigo; y ambos se pusieron al frente de un buen número de escuadrones. *El tiñoso* salió un día despues; llamó al caballo, y al momento se vió rodeado de un ejército, el mas numeroso y brillante que habían visto aquellas llanuras; teniendo á su lado á *EL CABALLO DE SIETE COLORES* primorosamente enjaezado. Cabalgó Alfredo, en traje de príncipe y general; y todo el ejército caminó con la mágica rapidez que acompañaba á *EL CABALLO*. No tardó mucho en encontrarse con el orgulloso enemigo, que tan pronto ataque no esperaba; se trabó al punto una encarnizada batalla, y como los soldados de Alfredo eran invulnerables, muy en breve quedó vencedor; dejando el campo cubierto de cadáveres y de militares trotes. Tomó solamente el estandarte real; despidió á su ejército, y, en traje de *tiñoso*, se presentó á los dos capitanes del ejército de su suegro, notificándoles la victoria que acababa de conseguir; y qua, por lo tanto, era inútil que avanzaran mas con el ejército. También les presentó el estandarte real, y como de costumbre entraron en tratos. Alfredo no puso la menor dificultad á entregárselo; pero los había de marcar en la espalda, con un hierro candente, que dijera *Esclavo del tiñoso*. Se resistieron algun tiempo á tan humillante condición, pero viendo que les era imposible vencer la obstinacion de Alfredo, se conformaron finalmente, y dieron la vuelta á la corte; en la que fueron recibidos con todos los honores del triunfo.

Satisfecho el rey de los servicios que sus dos nobles yernos habían prestado á la corona, y viéndose cargado de años, decidió partir entre ambos sus dominios; pues, siendo iguales en valor, no le parecia justo darle á uno todo con grave perjuicio del otro. Consultó con varios magnates esta resolución; y aunque algunos tenían la division de un reino, que aun unido no era poderoso; como ambos príncipes gozaban del aura popular, no se atrevieron á contradecir la opinion del rey, por temor de quedar indispuéstos con alguno de sus inmediatos sucesores. En cuanto á *El tiñoso* no lo recordaban siquiera; y, desde su infauso matrimonio, muchos grandes habían olvidado á la princesa Margarita. Tomada esta resolución, dijo el rey día para dar á sus yernos la investidura de su nueva real dignidad: llegado el día, se reunió en el magnífico salón del trono los dignatarios de la corona: el rey se colocó bajo dosel, y sus dos ilustres esposos, há á comenzar la ceremonia, cuando se presentó la jóven princesa Margarita, primorosamente ataviada, y, dirigiéndose á su padre, dijo en alta voz:

—Protesto, rey y padre mio, contra la resolución que habeis tomado de partir el reino entre las principescas mis hermanas y sus dos esposos.

—Esa protesta, repuso el rey con airoso acento, es

impertinente, y solo mis dos yernos merecen poseer los estados que les doy.

—¿Por qué razón? preguntó Margarita.

—Ellos trajeron el ciprés, que puso fin á la epidemia; venciendo los grandes obstáculos y arrojando los peligros que ofrece la fatal *Seleza de los Gigantes*.

—Otro fué quien acrostró los peligros; y á quien compraron las ramás de ciprés, entregándole las dos rosas de oro, que les presentaron mis hermanas el día de sus bodas, y que yo presento; dijo Margarita, entregando al rey las dos rosas.

Siguió un momento de estupor á revelacion tan importante; y continuó la princesa:

—¿Que mas han hecho los esposos de mis hermanas, para merecer el poder?

—Trajeron, repuso el monarca turbado, el agua de *La fuente de los mármoles*, que puso fin al hambre.

—La compraron, dando por ella la parte superior de sus orejas, que presento; dijo la princesa, entregándolas al monarca.

Nuevo estupor en los circunstantes: el rey levantó las cabellás á sus yernos, y vió que era cierto lo que aseguraba su hija: Margarita continuó:

—¿Que mas han hecho los esposos de mis hermanas?

—Han vencido en batalla campal: murmuró el rey con desaliento.

—Que se descubran las espadas, y sabremos quien fué el vencedor.

El monarca obligó á sus yernos á que se descubrieran las espaldas, y leyó en voz alta, la marca: *Esclavos del tiñoso*.

—¡*Esclavos del tiñoso!* exclamaron todos los magnates.

—*Esclavos del tiñoso*, que no los dejara mentir, repitió Alfredo presentándose en traje de príncipe.

Su presencia acrecentó la admiracion de todos los presentes; pues reconocieron instantáneamente al *Aventurero de las Justas*. El rey estrechó entre sus brazos al jóven, que fué proclamado al momento su sucesor á la corona: Margarita volvió á disfrutar las caricias de su anciano padre, y los magnates, que hasta entonces la habían mirado con desprecio, se apresuraban á tributarla la mas servil adulacion. Alfredo le regaló el gorro azul y encarnado, que guardo cuidadosamente para hacer un gran sortilegio contra toda muger hermosa, que tenga la osadía de poner en duda su fealdad.

JUAN DE ÁGUA.



Teléfono Redondo y oficial de la casa de la imprenta de D. Baltasar González.

MADRID. En sus 4 rs. 50 cts. y 170 35.—Librerías de Pareja, Costa, Montal, Mateo, Tejada, Benjar y Jerg, Baroa, Poupart, Villa y la multitud, Oficina del Peseo del río y de S. Felipe Neri.

PREVENCIONES. Tres meses 14 rs. 24.—Realizado una librería sobre correo! Venta de papeles á favor de la administración del Sr. SERRANO, calle de Zambrano 10. 6 en las principales librerías.

MADRID 1848.—IMPRESA DE D. BALDASAR GONZALEZ.